ceso puede ser instrumento que obedezca dócil á una inteligencia serena y clara y á una voluntad firme y recta, también lo es que en casos tales no se traspasan los límites naturales, y no brillan, por tanto, esas virtudes heróicas que hicieron de Santa Teresa un tipo acabado de perfecta mujer, de religiosa modelo y de maestra de místicos doctores.

CAPÍTULO III.

DE SI LAS MERCEDES SOBRENATURALES QUE GOZÓ SANTA TERESA DE JESÚS PUEDEN SER FENÓMENOS HISTÉRICOS QUE LA PATOLOGÍA ESTUDIA CON EL NOMBRE DE ÉXTASIS; Y DE SI AL INTERPRETAR AQUELLOS FAVORES DIVINOS EN SUS ESCRITOS, SE CONFUNDIÓ Y EQUIVOCÓ LA SANTA DOCTORA.

Dos respuestas exigen las preguntas redactadas al frente de este capítulo. Limitándome á la primera, por ahora, y ajustando estrictamente las demostraciones á los datos que suministra la ciencia médica, probaré que no hay posible confusión entre los éxtasis divinos y los síntomas histéricos, llamados extáticos impropiamente.

Dos grupos de síntomas presenta el gran histerismo de Charcot, que tengo necesidad de someter al examen actual: el tercer período del gran ataque y una variedad de éste, que, según Richer, no es otra cosa sinó una modificación del mismo tercer período, y al que llama *ataque de éxtasis*.

Hé aquí cómo describe ámbos dicho autor (1): «Tercer período.—El carácter de este período se halla perfectamente definido por el nombre que le ha dado M. Charcot, período de *actitudes apasionadas* ó de *posturas plásticas*. Y en efecto, no hay aquí un simple delirio de memoria ó de imaginación; la enferma es presa de alucinaciones que la trasportan á un mundo imaginario. De este modo asiste á escenas en las que juega con frecuencia el papel principal: la expresión de su fisonomía y sus actitudes reproducen los sentimientos que experimenta; obra como si su ensueño fuera una realidad. Y por la mímica expresiva á que se entrega, así como por las palabras que deja escapar, es fácil seguir todas las peripecias del drama que se desarrolla delante de ella, ó en el que toma una parte activa; su alucinación, puramente subjetiva, se vuelve objetiva, en cierto modo, por la traducción que ella hace.

»Cuando se despierta, conserva la enferma el recuerdo de cuanto ha pasado, y su relato concuerda en todas sus partes con lo que se observó.

»Durante este período alucinatorio, se halla completamente insensible á todo estímulo exterior. La picadura, la titilación de la conjuntiva, la aplicación de una venda sobre los ojos, respirar el amoniaco, un ruido violento en la oreja, etc., nada turba el curso de su delirio. No conocemos más que dos procedimientos que desvanezcan el sueño de repente y vuelvan la enferma á la realidad: son, en primer término, la

(1) Obra citada.

excitación de las zonas histerógenas, y particularmente la compresión del ovario, cuyo efecto es constante é instantáneo, y después, el choque eléctrico, cuya acción, sin ser tan pronta ni tan segura siempre, no es menos manifiesta.

»El sujeto de las alucinaciones se halla colocado con frecuencia en el pasado de la enferma. Las escenas, que en sentido alegre ó desdichado impresionaron su imaginación, se reproducen con una viveza que el tiempo no puede aminorar, y sobre todo, las que han tenido influjo en el desarrollo de la enfermedad.

»Otras veces, al contrario, la alucinación es una pura creación que varía con la riqueza imaginativa de que la enferma esta dotada (1).

»Se pueden distinguir dos fases: la de alucinaciones alegres y la de alucinaciones tristes. Ambas fases se suceden y entrelazan sin interrupción. En un mismo ataque el cuadro alegre deja su vez al triste, ó al contrario, con la rapidez de las imágenes que pasan sobre los cristales de una linterna mágica. Con frecuencia, apenas comenzada una escena, se interrumpe bruscamente por otra. Hay allí como la terquedad de un mal genio, que no pueden evitar las enfermas. Se quejan amargamente diciendo, «que el lado alegre de un ataque, lo trastornan siempre visiones terribles, y que en este sueño hay más desdicha que bienestar.»

Después, cita el autor varias observaciones clínicas

(1) La palabra *creación* en este párrafo, expresa un error psicológico que ya conocen los lectores.

que comprueban los síntomas descritos; y concluido este capítulo, trata en el V de la misma obra, de la variedad del gran ataque histérico por modificación del tercer período, y la titula con los nombres de *ataque de actitudes apasionadas* ó *ataque de éxtasis.* Dice así:

«El tipo de esta variedad del ataque histero-epiléptico, se reproduce artificialmente, en cierto modo, por las inhalaciones etéreas.

»Bajo el influjo de la respiración de los vapores del éter, la enferma ve comparecer las alucinaciones que forman habitualmente el tercer período de su ataque. Sin pasar por el período epileptóideo, ni por el de los grandes movimientos, entra de repente en el tercero y ejecuta las posturas plásticas que responden á su alucinación. . . . . .

»Entre las observaciones de *éxtasis* que se hallan en los autores, gran número presentan todos los caracteres de la *actitud apasionada.*

»Los principales rasgos del éxtasis los traza así Michèa:

«Absortos en los objetos de su contemplación, los extáticos, ora están silenciosos é inmoviles, ora hablan, cantan, gesticulan y toman actitudes relacionadas con las ideas, sentimientos é imágenes cuyo imperio sufren. Los sentidos se pierden las más veces, y la sensibilidad general está de ordinario completamente atacada. La fisonomía queda, por lo común, coloreada; el pulso siempre perceptible, se acelera con frecuencia. La respiración se efectúa de una manera normal. A veces se hace un poco más lenta. La piel conserva su calor habitualmente. Sin embargo,

alguna vez se enfrían las extremidades. Cuanto más se debilita la sensibilidad general ó especial, más energía adquiere la idea-imagen y más se aproxima á la alucinación, en la que concluye por caer. Las alucinaciones son muy variadas y en relación con las ideas y la manera de vivir de los extáticos. Al salir de sus accesos, principalmente de los paroxismos del éxtasis místico, ciertos sujetos acusan gran vigor corporal, y continúan experimentando un contento, una quietud de espíritu indecible, y *hablan con entusiasmo de todas las visiones deliciosas* que han tenido y cuya corta duración lamentan.» *Michèa. N. D. de méd. et de chir. prat., arti. Extase.*

«Tales son, continúa Richer, los caracteres del éxtasis que autorizan la semejanza que establezco en este momento. No intento hacer aquí la historia de todos los extáticos célebres, ni tengo la pretensión de reducirlos todos á las mismas proporciones, á fin de hacerlos entrar exactamente en igual marco. El éxtasis es, con mucha frecuencia, un estado complexo que á veces se asocia con fenómenos morbosos de diversa naturaleza... No niego que el éxtasis no pueda encontrarse fuera de la histeria, lo propio que la catalepsia y el sonambulismo que más lejos estudiaremos. Lo que deseo hacer constar aquí es, que existe un éxtasis histérico que no es otra cosa sinó la actitud apasionada, de la que más arriba hemos precisado los caracteres, y que dicha actitud apasionada, fragmento arrancado del gran ataque histérico, es como el fondo común sobre el que vienen á agruparse las manifestaciones variadas, bizarras, ó extraordinarias, que dan á numerosos hechos del éxtasis su carácter maravilloso.»

Richer describe y cita varios casos clínicos que comprueban sus asertos, y luego continúa :«Los ejemplos que preceden bastan para ver el desarrollo que pueden tomar las actitudes apasionadas del tercer período del gran ataque histérico. Me reservo tratar más tarde ciertos hechos extraordinarios de éxtasis.»

Cuando más tarde (1) habla de esos hechos extraordinarios, se límita á copiar tres casos de éxtasis; uno del siglo XIII, que califica de cataléptico, y otros dos de nuestro siglo, que juzga como accesos del tercer período del gran ataque histérico.

Por último; en el *Apéndice* de su libro, y bajo el epígrafe de *La histeria en el arte, Cuarta Sección; Los extáticos* (2), redacta los párrafos que voy á copiar íntegros. Preste paciencia el lector.

«El éxtasis histérico no posee por sí mismo caracteres peculiares que permitan distinguirlo de las otras variedades de éxtasis. Nosotros lo consideramos como una forma del gran ataque, trozo arrancado del tercer período, ó período de las actitudes apasionadas. Los signos diagnósticos que permiten reconocer la naturaleza histérica se hallan mucho más en los fenómenos que la preceden ó la siguen y en los síntomas variados que presenta el sujeto en el intervalo de las crísis. Así, una actitud extática, precedida ó seguida de algunos fenómenos pertenecientes á los demás períodos del gran ataque; constricción faríngea, fenómenos epileptoideos, por atenuados que estén, contorsiones, etc.,... pueden atribuirse, sin dudas, á la

(1) Ob. cit. pág. 209 y sig.
(2) Ob cit. pág. 954, 955, 956.

gran histeria. El diagnóstico sería más seguro aún, si en el intervalo de las crísis presentaba el paciente los estigmas de la histeria; anestesia, acromatopsia, etc... Mas lo repito, la fisonomía exterior del éxtasis no basta para caracterizarlo. No tenemos aquí, como en la crísis de las convulsiones demoniacas, ese conjunto de signos que se pueden llamar patognomónicos.

«Así , las representaciones de extáticas se hallan lejos de tener , bajo el punto de vista especial en que nos colocamos, el interés que ofrecen las tablas de poseídos. Se puede , con más ó ménos verosimilitud, imaginar una actitud extática, y no se inventan ciertos rasgos tan precisos del ataque demoniaco.

»Desde el punto de vista de los fenómenos externos, que es solamente lo que nos interesa aquí , no encontramos dos extáticos que se parézcan. Hé aquí algunos ejemplos tomados á Gorres (citado por el P. de Bonniot, *Le miracle et les sciences médicales*, p. 191), entre los hechos de éxtasis místicos.

»Beatriz de Nazaret quedaba en el coro inclinada sobre su silla , *como una persona dormida* , no viendo nada, ni entendiendo nada. Cristina de Stumtéle no daba ningún signo de vida; no respiraba , y *su cuerpo estaba rígido* , como el de un muerto... *Los piés y las manos de Santa Catalina de Sena se contraían de una manera convulsiva ;* sus dedos se entrelazaban y aferraban con tanta fuerza los objetos que tenían en el momento del acceso , que se le habrían cortado mejor que hacerles soltar la presa; *todos sus miembros tenían la rigidez de la piedra.* San José de Copertino daba un grito, *caía de rodillas , con los brazos extendidos en cruz;* ni un soplo salía de su boca, etc.

»Todos estos fenómenos externos del éxtasis se hallan en la histeria; esas rigideces, esas contracturas, tienen apariencia eminentemente histérica. Para no citar más que un ejemplo, recordaría que Leroux, en sus ataques de éxtasis, quedaba enteramente rígido y los brazos extendidos en la actitud de la crucifixión.

»Mas veamos que los artistas, en las representaciones que han hecho de extáticos, han olvidado, á propósito, toda apariencia de violencia, todo fenómeno convulsivo. Para ellos, el éxtasis es una postura expresiva, una pura actitud apasionada; todos sus esfuerzos consisten en expresar, en hacer exterior un fenómeno interno; en una palabra, en traducir objetivamente, por los rasgos de la fisonomía y los movimientos del cuerpo, lo que sucede en las regiones del espíritu inaccesibles á la vista.

»Así es como, para citar algunos ejemplos, el éxtasis reviste los signos exteriores de una plegaria ardiente, como en un fresco de Sodoma que representa á Santa Catalina de Sena interceciendo por el alma de un ajusticiado; de la sorpresa, de la admiración, como en otro fresco del mismo pintor mostrando á Santa Catalina en éxtasis; de la calma, del gozo interior, del rapto, como en las Inmaculadas Concepciones de Murillo y de la Escuela española; de la contemplación, como en la tabla de Murillo *San Francisco en éxtasis;* del amor poseído y satisfecho, como en las tablas de Murillo que representan á San Antonio de Padua rodeando en sus brazos al Niño Jesús; de la aceptación, de la sumisión, como en la «Aparición de la Virgen á San Bernardo,» de Murillo; en fin, también del sufrimiento y el dolor, como en el «San Francisco recibiendo los estigmas,» de Cigoli; de la debilidad y el abatimiento, como en un fresco de Sodoma que ofrece el desvanecimiento de Santa Catalina, ó bien áun en una tabla de Lanfranchi, que representa á Santa Margarita de Cordona en éxtasis.

»Para dar todas estas expresiones variadas, los artistas han podido hallar inapreciables modelos en los sujetos histéricos. Este aserto no parecerá atrevido, ni exagerado á todos los que, como nosotros, hayan visto histéricas, jóvenes vulgares, en cierta fase del gran ataque, tomar, bajo el imperio de alucinaciones del orden religioso, actitudes de tan verdadera y tan viva expresión, que los más consumados actores no podrían hacerlo mejor, y que los más grandes artistas no sabrían hallar en los modelos más dignos de su pincel.»

Reflexionando ahora detenidamente las descripciones é ideas que acabo de copiar, diré, que si bajo el concepto clínico del gran histerismo, estoy de completo acuerdo con el autor, no puedo menos de lamentar la confusión que hay en esas páginas entre los hechos morbosos, convencional é impropiamente llamados éxtasis, y los verdaderos divinos ó sobrenaturales. Los errores de Richer, como los de todo patólogo que piensa y escribe como él, ó mucho peor que él, nacen de la ignorancia en que se hallan sumidos respecto á conocimientos teológicos, y de las equivocaciones psicológicas que cometen á cada paso, por las ideas naturalistas que informan sus estudios.

¿Qué de común hay, ni puede haber, entre los sucesos místicos y los fenómenos histéricos? Sólo una ligerísima semejanza en los signos meramente exteriores, ó mejor dicho, aparente analogía en muy conta-